La leyenda del árbol de Navidad

Escritora desconocida



En un pequeño apartamento a las afueras de una ajetreada ciudad vivía una familia de buen corazón. El padre, el Sr. Williams, trabajaba muchas horas como conserje, y la madre, la Sra. Williams, cosía ropa para llegar a fin de mes. Tenían dos hijos, Liam y Ella, que siempre se mostraban serviciales y alegres, a pesar de su vida humilde. Todas las noches se reunían alrededor de una pequeña chimenea falsa en su salón, compartiendo historias, risas y cualquier comida sencilla que pudieran permitirse.

Era Nochebuena y la nieve caía silenciosamente en el exterior, envolviendo la ruidosa ciudad en un apacible silencio. La familia Williams disfrutaba de un cacao caliente y galletas sobrantes cuando oyeron unos suaves golpes en la puerta. Una voz tímida llamó desde el pasillo:

—Por favor, ¿alguien puede ayudarme? Tengo frío y hambre, y no tengo adónde ir.

Liam y Ella intercambiaron miradas y corrieron rápidamente a abrir la puerta. Allí había un niño pequeño, de no más de ocho años, vestido con ropas gastadas y delgadas, temblando de frío.

—¡Entra! —dijo Ella, tirando suavemente de su mano.

—Debes estar helado —añadió Liam, colocando una manta sobre los hombros del niño.



Lo acercaron a la chimenea, le ofrecieron el lugar más cálido del sofá y le dieron sus dos últimas galletas.

—No es mucho —dijo Ella disculpándose—, pero es lo que tenemos.

El chico sonrió débilmente, con las pálidas mejillas enrojecidas por el calor.

—Gracias. Son muy amables.

A medida que avanzaba la noche, Liam y Ella insistieron en que ocupara su cama, prometiéndole que dormirían en sacos de dormir cerca de la chimenea. El niño dudó, pero finalmente aceptó. Antes de quedarse dormido, susurró:

—Gracias. Son como ángeles para mí.

Más tarde esa noche, Ella se despertó con el sonido de una música suave y celestial, como si viniera de algún lugar en lo alto. Le dio un codazo a Liam para que se despertara.

—¿Oyes eso?

Los hermanos se acercaron sigilosamente a la ventana y se asomaron. Para su asombro, la calle estaba bañada por un cálido resplandor dorado. Un grupo de niños, vestidos con relucientes trajes blancos, cantaban una hermosa melodía. Cada uno de ellos sostenía un farolito luminoso y sus rostros irradiaban pura alegría.

—¿Son villancicos? —susurró Liam, pero antes de que Ella pudiera responder, ambos oyeron una voz suave detrás de ellos.

—Vengan a ver —dijo el niño que habían acogido. Pero no era el mismo. Ahora vestía una túnica reluciente y una suave luz lo rodeaba. Sus ojos, antes cansados, brillaban con calidez y amor.



—Soy el Niño Jesús —dijo, con una voz suave, pero llena de autoridad—. Camino a través del mundo para ver los corazones de la gente. Ustedes me acogieron cuando parecía perdido y solo. Me dieron de lo poco que tenían. Por su bondad, les doy mi bendición.

Se acercó a su pequeño árbol de Navidad de plástico y tocó una de sus ramas. El árbol empezó a brillar, de sus ramas brotaron pequeños adornos dorados y luces centelleantes que titilaban como estrellas.

—Este árbol les recordará a ustedes y a todos los que lo vean, que el amor y la bondad son el verdadero espíritu de la Navidad —dijo el Niño Jesús—. Y cada año traerá bendiciones para los que dan desinteresadamente.

Antes de que Liam o Ella pudieran decir una palabra, el muchacho sonrió y se desvaneció. Afuera, la música cesó y el resplandor dorado desapareció con el amanecer.

A la mañana siguiente, la familia Williams encontró su salón, antes humilde, transformado. Su pequeño árbol de Navidad brillaba con adornos dorados y bajo él había regalos envueltos que ellos no habían colocado allí.

Mientras la familia se abrazaba, Ella susurró:

—Fuimos bendecidos porque nos preocupamos.



Los cuentos nos ayudan a explorar culturas, aprender lecciones morales, conectar con la naturaleza — o simplemente divertirnos. Por eso ririro.com ofrece más de 3.000 cuentos gratuitos — cuentos de hadas, fábulas, cuentos para dormir, mitos y mucho más — para todas las edades, en 13 idiomas, con PDF imprimibles gratis y a menudo audio. Leer debería ser un derecho, no un privilegio. Comparte ririro.com y difunde la alegría de leer.
Instagram: @ririro_reading · Pinterest: pinterest.com/ririrocom